

## LAS FUENTES DEL NILO.

DIARIO DE UN VIAJE DE DESCUBRIMIENTOS POR EL CAPITAN SPEKE.

1860-1865.

## I.

De Londres á Zanzibar.

El viaje cuya relacion ofrezco, tiene por objeto probar que el Victoria-N'yanza, descubierto por mí el 30 de julio de 1858, era efectivamente como habia conjeturado, la fuente y el punto de partida del Nilo Blanco.

A pesar del apoyo de la real sociedad de geografia y de su sabio presidente sir Rodrigo Murchison, se pasaron nueve meses largos, antes de que mis planes, acerca de esta expedicion, fuesen aprobados; y hasta el 27 de abril de 1860, no pude tomar pasaje en la fragata de vapor *la Fuerte* que se dirigia al cabo de Buena-Esperanza; habia conseguido llevar conmigo al capitán Grant, mi fiel compañero de guerra y de caza en la India.

El gobernador del cabo sir Jorge Grey, nos acogió con la hospitalidad mas solícita y mas simpática. Dedicado en otro tiempo á las esploraciones geográficas, y llevando aun la señal de una herida que le hizo antiguamente un salvaje de la Australia, gozaba llamándose «su hijo» y me predijo toda clase de triunfos. Su infatigable benevolencia no se limitó á darme estas lisonjeras pruebas; obtuvo del parlamento local una subvencion de 300 libras esterlinas, destinadas principalmente á la compra de las mulas que debian llevar nuestro equipaje; á peticion suya el comandante en jefe, teniente general Wynyard, tuvo á bien destacar diez voluntarios pertenecientes á los carabineros de á caballo indígenas (*Cape Mounted Rifle Corps*), para que me sirvieran de escolta. Cuando tuve diez hotentotes y doce mulas mas, el almirante Keppel me dió pasaje en la corbeta de hélice *Brisk*, la cual se hizo á la vela el 16 de julio para Zanzibar, donde saltamos á tierra por fin el 17 de agosto. Esta capital á la cual habia dejado diez y seis meses antes en la expectativa de una guerra próxima y amenazada además por las discordias civiles, estaba perfectamente pacificada, gracias á la energía con que el gobierno de Bombay habia domado los belicosos instintos del iman de Mascate; mientras que por su lado el cónsul inglés, el coronel Rigby, se esforza-

ba con éxito en paralizar la insurreccion proyectada por los hermanos de Said-Majid, sultan de Zanzibar.

Este príncipe, que tenia derecho á nuestra primera visita, nos recibió con su afabilidad ordinaria. Nuestros proyectos le sugirieron algunas observaciones que fueron fácilmente rebatidas; se admiraba de que para ver al Gran-Rio salir del Lago no tomase el camino mas directo, atravesando el de los Masé y el Usoga (1). Por lo demás, sabiendo que queria visitar el Karagué, á fin de establecer varios otros puntos esenciales, me ofreció espontáneamente toda la asistencia de que podia disponer.

Después del desembarco de los hotentotes, de las mulas y del equipaje, los preparativos para la marcha comenzaron desde luego. Consistian en experimentar los sextantes, arreglar los relojes, examinar las brújulas, pasar los termómetros por el agua hirviendo, fabricar las tiendas de campaña y albardas, hacer provision de perlas, de telas y de alambre, y por último reclutar criados y mozos de carga.

Nuestro antiguo capitán de caravana (*kafila-bashi*), el jeque Said-ben-Salam, fue promovido de nuevo á su alto empleo. Bombay y su hermano Mabruki, los primeros que me saludaron á mi llegada, eran para mí compañeros experimentados. El coronel Rigby me permitió alistar entre los marineros que componian ordinariamente la tripulacion de su chalupa, algunos hombres escogidos, capaces de inculcar por su ejemplo, al resto de mi tropa, ciertas nociones inglesas de honor y de abnegacion. Bombay, mi factotum, señaló tres de estos antiguos marineros, Baraka, Frij y Rahan, para que me hicieran compañía. Este era el núcleo de mi tropa; les encargué que contrata-

(1) El Masé, segun los informes árabes, se estiende desde la cadena de los Morobéhos hasta el limite oriental de los lagos N'yanza y Baringo; en la orilla occidental de este último lago y al Norte del N'yanza, después de haber atravesado los territorios de Amara y de Ukori, se halla el distrito llamado Usoga; en el limite de este distrito y del Uganda es donde el Nilo-Blanco sale del lago por la vertiente á que M. Speke ha llamado *canal de Napoleon*.

## II.

El Uzaramo.

ran todos los vuanguanos ó libertos que quisieran seguirme á Egipto, desde donde les volveria á Zanzibar. Un año de la paga se les daria adelantado y el resto al concluir su enganche. Mientras que se verificaba esta especie de reclutamiento, el baniano Ladha-Ramji, recaudador de aduanas, tenia orden de reunir una centena de *pagazi* (mozos de carga, vouanyamuezi), y de tratar con ellos, como hacen los comerciantes de marfil, para el transporte á Kazek de una carga de paño de rocalla y de hilo de laton.

El sultan, así que me vió dispuesto á partir, me ofreció para atravesar el Uzaramo una escolta de veinte y cinco beluchis á las órdenes de un *yemadar* (teniente). Lo acepté mas bien como pasaporte oficial destinado á protegerme contra las malas pasadas de los naturales, que por aumentar la fuerza material de nuestra expedicion. S. A. nos permitió igualmente flotar su corbeta de veinte y dos cañones, *la Secundra-Shah* que nos transportó el 25 á Bagamoyo, nuestro punto de desembarque en la costa. El jeque Said y el resto de nuestros hombres, así como las mulas y los equipajes estaban allí desde el 21 y nos habian preparado una recepcion cómoda; los sesenta y cinco *pagazi* de Ladha, alquilados para transportar á Kazek mis cien cargas de objetos de tráfico, habian ya recibido su salario, demasiado crecido en razon á las circunstancias y á la prontitud con que queriamos salir de allí, lo mismo yo que los traficantes árabes, antes que llegase la época en que se deja sentir el hambre. Pagué muy caras todas mis compras, y mis hombres se quejaban de que les exigieran mas de lo justo en los bazares, considerándoles como de la comitiva de un gran personaje que debia retribuirles mas generosamente que ningún otro. Los hotentotes, por su parte, comenzaban á sentir los efectos del clima; y como se habian jactado en las tabernas de Zanzibar «de ser mas fuertes que los demás porque les llevaban ventaja en beber,» mis vuanguanos se burlaban de ellos y de sus enfermedades, que atribuian «á la falta de grog.» Una vez formado el campamento á la sombra de algunos mangos, nos ocupamos en señalar á cada hombre el papel que debia desempeñar. Los vuanguanos, que ya estaban provistos de carabinas, — divididos por compañías de diez hombres, cada una de las cuales tenia su capitán, y todos á las órdenes del marinero Baraka que habia sido nombrado general en jefe, — se ejercitaban todos los dias en el manejo de las armas.

Por último, el 2 de octubre, después de una revista general, y cuando mis cuentas estuvieron arregladas con Ladha, dimos el adios al coronel Rigby; después abandonando el *shamba* ó jardin de Ugeni, que se parece por su fertilidad á los mas ricos distritos de Bengala, nos pusimos definitivamente en camino. El número de mis hombres de carga era de ciento uno.

El *U-za-ramo*, (triple voz, cuyo origen no ha podido decirme ninguno de los naturales) está comprendido de Norte á Sur, entre los dos rios Kingani y Lufigi; y de Este á Oeste, entre la costa y el punto donde el Kingani se une á su rama superior el rio Mgéta. Este pais no tiene montañas, pero entre los dos rios que acabamos de nombrar, el terreno elevándose por grados, forma una especie de meseta convexa de donde las aguas se derraman al Norte y al Sur en la estacion de las lluvias, por medio de muchos *nullads* ó barrancos. Las aldeas, que no están muy próximas, consisten generalmente en una quin-cena de chozas de techos cónicos. Sus jefes, llamados *phanzé*, viven por lo general en la costa y toman el título de *dinhans* y reconocen la autoridad del sultan Majid; pero apenas advertidos de la marcha de una caravana, trasladan al sitio por donde tiene que pasar su residencia movable, haciéndose sultanes á su vez é imponiéndola siempre que pueden una contribucion evidentemente ilegal.

El *mzaramo* (habitante del Uzaramo) cultiva los campos y no cria ganado si no es algunas cabras con que comercia. La caza de esclavos que practica con habilidad, le da demasiados beneficios y le permite satisfacer su gusto de adornarse, rasgo característico de la raza. El cuidado particular que pone en arreglar su cabellera y en frotarse la piel con una especie de arcilla, de color de ocre, atestiguan sus disposiciones al dandismo; su arco y sus flechas están siempre en orden, y estas últimas, encerradas en un carcaz delicadamente labrado, llevan en sí un veneno sutil. La travesía del pais solo la pueden hacer sin riesgo los viajeros pobres, porque la poblacion se compone de insaciables ladrones. Por lo que toca á las caravanas, tratan de intimidarlos; pero en suma, mediante algunas buenas palabras, se libran de ellos á poca costa.

Sea orgullo, sea para añadir á su prestigio un misterio lejano, los jefes tratan con gusto por medio de delegados acerca de la cuota del *hongo* (1) ó derecho de pasaje que pretenden obtener.

Aquí y allí, en el camino, se ven montoncitos de cenizas blanquecinas, entre las cuales se distinguen huesos calcinados. Estos son, segun aseguran, los restos de ciertas mujeres quemadas por brujería.

Costeamos las alturas que limitan por la derecha el valle del Kingani. Nuestra vista abrazaba los llanos del Uzegura, distrito paralelo al Uzaramo, del cual le separa el Kingani; se estiende al Norte hasta

(1) Esta voz viene del verbo *ku-honga* que significa pagar.

el río Pangani y se halla cortado en su centro por el río Vuami, de que hablaremos mas adelante.

Nuestra caravana es demasiado numerosa y heterogénea para que todo pase con regularidad. Se compone de diez soldados hotentotes, uno de ellos cabo; de veinte y cinco beluchis á las órdenes de un yemadar; de un *kafila-bashi* árabe, á la cabeza de setenta y cinco libertos; de un *kirangozi* (guía indígena) al que siguen cien negros de carga; de doce mulas no domadas, de tres asnos, y de veinte y dos cabras.

Desde el primer día y contra toda esperanza, de los treinta y seis hombres que me habia dado el sul-

tan, diez se me desertaron en virtud de la estraña idea de que «siendo el hombre blanco» generalmente canibal, los llevábamos al interior para devorarlos á nuestro gusto. Un *pagazi* se escapa igualmente; pero este á lo menos, mas honrado que los libertos, dejó en el suelo antes de huir, el sueldo que habia recibido. Las desertiones no deben acobardarnos; es preciso, por el contrario, marchar adelante antes que se propaguen.

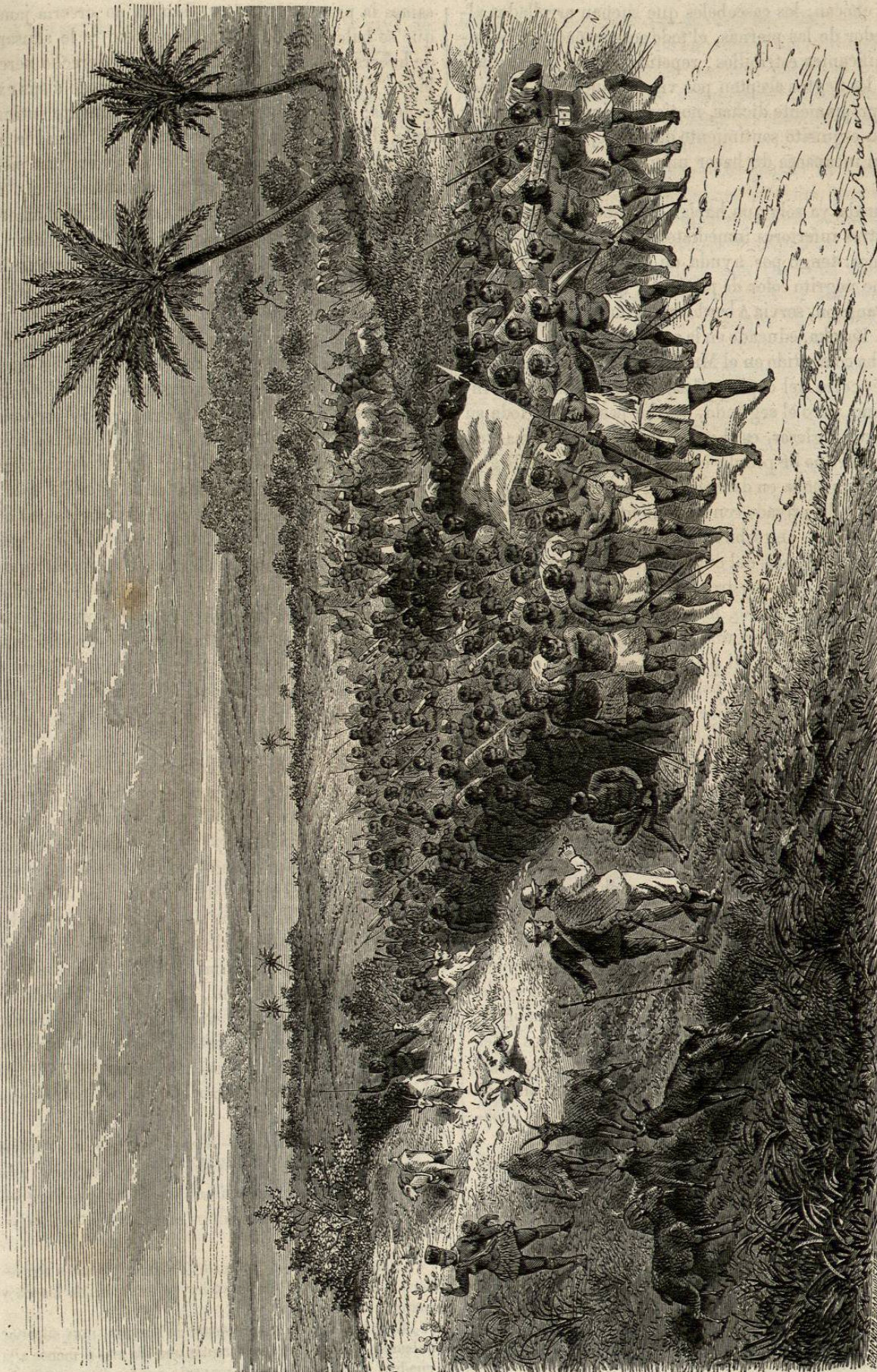
Véase en qué orden desfila la procesion: el *kirangozi* á la cabeza, con su saco al hombro y su bandera en la mano;—le siguen los *pagazi* armados de su lanza ó de su arco y entre los cuales la carga va re-



Ladha-Ramji, baniano ó negociante indio de Zanzibar, en traje de casa.

partida en partes iguales, paño y rocalla en fardos cubiertos de esteras, hilo de alambre ó de latón arrollado alrededor de un palo que llevan al hombro;—á estos siguen confusamente los vuanguanos que llevan su carabina debajo del brazo y en la cabeza cajas, paquetes, la tela de las tiendas, la batería de cocina; en una palabra, todos los accesorios al mobiliario de viaje;—los hotentotes vienen despues acarreado muy bien las rebeldes mulas que llevan las municiones, pero á las cuales no hemos puesto sino un peso muy ligero, en vista de los servicios futuros que podrán hacernos;—en fin, el jeque Said y los beluchis de la escolta;—y toda la retaguardia compuesta de las cabras, las mujeres enfermas y los rezagados de todas clases. Nuestros asnos que constituan un hospital ambulante, están desde ahora ocupados (y lo estuvieron siempre) por algunos de nuestros hotentotes inválidos, porque la menor indisposicion postra á estos hombres.

Véase ahora la mision de cada uno: el jeque Said, ayudado de Bombay, distribuye á los hombres su racion diaria bajo la forma de telas, á saber: un cuarto de carga, es decir, cerca de quince libras de peso repartidas entre nuestros ciento sesenta y cinco mozos de carga; los hotentotes preparan nuestra comida y la suya, á menos que sucumbiendo á la fatiga no se echen jadeantes en el suelo; los beluchis, que tienen por mision aparente guardar el campo, prefieren charlar y limpiar sus armas. Algunos hombres tienen orden de llevar á pastar al exterior nuestras mulas, nuestros asnos y nuestras cabras; el resto está encargado de empaquetar la vajilla, de levantar las tiendas, de cortar las ramas necesarias para la construccion de las chozas y de la empalizada que deberia en buena policia rodear el campo. Es raro sin embargo que se tome esta última precaucion. A la conclusion de la comida y cuando la noche empieza, se organiza la eterna danza; se oyen por todos lados las manos



Partida de los capitanes Speke y Grant y de su caravana.

que chocan, los cascabeles que suenan arrollados alrededor de las piernas, el todo acompañado de los insignificantes estribillos, repetidos hasta la saciedad, que los negros aceptan por vía de canciones. Canciones propiamente dichas, no tienen ninguna, y á pesar de su esquisito sentimiento del ritmo, hasta aquí parecen incapaces de hacer ninguna composición musical.

Queda ya solo que hablar de nosotros mismos y de nuestros inferiores inmediatos. Empecemos por estos últimos: tengo por ayuda de cámara á Rahan, pequeño negrito color de pimienta, que cuando la toma de Rangoon, servía á bordo de un buque de guerra inglés. Baraka, educado en la misma escuela y que además ha combatido en el Multan, llena las mismas funciones cerca del capitán Grant. Los dos hablan el indostano; pero el segundo, que ha pasado casi toda su vida con ingleses, es el negro más elegante y más inteligente que he podido encontrar. El coronel Rigby que le empleaba en descubrir los comerciantes de esclavos, se ha privado con sentimiento de sus inapreciables servicios, «no sabiendo, decía, cómo podría reemplazarle.» Además del cuidado que se toman de nuestras tiendas y de nuestro mobiliario personal, Baraka creo haberlo ya dicho, manda en jefe nuestros vuanguanos, de los cuales, una compañía está á las órdenes del capitán Rahan. Mi principal ocupación es trazar el mapa del país. Paso por alto los fastidiosos detalles de este trabajo topográfico donde empleaba uno después de otro el cronómetro, la brújula, el termómetro, el sextante y el azimut. Algunos diseños, el diario del viaje, el aumento de nuestras colecciones geológicas y zoológicas, ocupaban el resto de mi tiempo. Las colecciones botánicas y el registro del termómetro concernían al capitán Grant, así como también las observaciones higrométricas y el manejo de los aparatos de fotografía, que bien pronto me ví obligado á suprimir, porque el ardor del clima hacía este trabajo demasiado penoso y demasiado enfermizo. Una vez terminada la marcha, el resto del día se distribuía de la manera siguiente: después de almorzar, una pipa que nos preparaba para los trabajos ulteriores, excursiones al campo ó á las aldeas, pesquisas, investigaciones científicas; —comer después de haberse puesto el sol, — el té, la pipa antes de acostarse.

4 de octubre. *Ikamburu*.—El jefe ó *phanzé* de esta aldea, que pertenece al distrito de Nzasa, lleva el sonoro nombre de Kombé-la-Simba, que quiere decir Garra-de-Leon. Inmediatamente después de nuestra llegada, nos envió una cesta de arroz, la cual vale 1 duro. Le respondo mandándole 4 metros de cotonía americana. El «sultán» adivinando perfectamente el sentido de esta liberalidad, me devuelve mi presente, inferior, según dice, á lo que ha recibido cuando pa-

samos la primera vez; «su familia no creería jamás que se había podido contentar con eso y le acusaría de haberse quedado con una parte del derecho percibido.» Contesto del mejor modo que puedo á sus exigencias; pero nuestro jequecito, fácilmente intimidado, defiende la causa del enemigo; el yemadar insiste por su parte; los dos fijan el *hongo* en una pieza de *dabuani* (1) (2 metros 25 céntimos), una de *sahari* (2), y 8 metros de *merkani* ó indiana americana. Garra-de-Leon no deja por eso de rechazar el presente que yo miro como el límite extremo de las concesiones aceptables. Devuelve las telas al jeque (porque éste no ha podido obtener entrada en mi tienda), y se retira furioso, anunciando para el día siguiente una visita de la cual se acordará la caravana. El jequecito se pone incontinenti á fundir balas para su *rifle* de dos cañones y arrastrando por todas partes un sable tan largo casi como él, manda á los vuanguanos cargar sus carabinas; pero al mismo tiempo, me suplica que añada una pieza más de tela y que no comprometa la suerte de la expedición por algunos metros de cotonía. Nótese que todo esto pasa á 12 millas de la costa, en territorio de un jefe indígena que se llama protegido de Zanzibar. En verdad esto promete, y así se explica cómo el que viaja por Africa, desanimado por semejantes procedimientos trata siempre de descubrir ante todo un camino en que se vea exento de ellos abreviando en lo posible su ruta en lugar de detenerse á visitar los puntos más dignos de interés.

5 de octubre. *Kizoto*.—La amenaza de Garra-de-Leon no ha tenido consecuencia; viene en persona, renunciando á sus escrúpulos, á buscar la ofrenda que había despreciado. El *phanzé* de Kizoto—Mukia-Ya-Nyani ó Cola-de-Mono—envía á reclamar sus «derechos.» Se le entrega un *dabuani* con orden de no acercarse más al campo sino quiere sentir el olor de la pólvora. Aquella tarde supe por Bombay, que el jeque Said, siempre tímido, había tomado á su cargo el añadir dos *dabuani*, uno de ellos tomado de su provision particular. Véanse ya, en el Uzaramo, tres jornadas hechas; y aparte de los jefes ó sus embajadores apenas hemos encontrado aquí y allí un habitante del país, lo que por otra parte, no nos entristece: al contrario.

6 de octubre. *Kivanga-Ranga*.—Nos apartamos un poco del Kingani para subir á la meseta cultivada donde hallamos un *phanzé* amable—Mkungu-Paré,—cuya modestia recompensamos ofreciéndole un *saha-*

(1) Colonia de Mascate, de cuadritos azules y blancos atravesada en la cuarta parte de su ancho por una banda blanca y amarilla.

(2) El *sahari* ó *ridia*, otra cotonía de Mascate, muy superior al *dabuani*; lleva en los dos extremos una fila más ó menos alta de cuadros mezclados de rojo y mayores que los de en medio.

ni, 4 metros de *merkani* y 8 de *kiniki* (tela azul de origen indio). Encantado de nuestra liberalidad, delega en nosotros, en caso de robo, su derecho de alta y baja justicia. El tiro al blanco que nuestros hombres practican para instruirse le estraña mucho. «Con tantos fusiles, dice, podeis ir sin miedo por donde os agrada.» Desde este punto elevado tenemos sobre el Uzegura las perspectivas más estensas. El suelo, levantándose al otro lado del Kingani, forma colinas bajas, ricamente adornadas de árboles contrastando notablemente con la colina en que nos hallamos.

El coronel Rigby nos envió á este sitio un surtido de quina y otras drogas que nos vinieron tan bien, cuanto que nuestros hotentotes, debilitados por la fiebre, morirían sino fuera por su ración diaria de aguardiente y de quinina.

Las gentes del sultán, hurraños como animales salvajes, no quieren alternar con los vuanguanos; construyen sus chozas, comen y hablan aparte, conociendo su inferioridad. Me veo reducido á darles un jefe de entre ellos mismos y que sea responsable de su conducta. Les encargo el cuidado de las cabras. Tres de estas se han perdido, y me permito suponer que las han reservado para hacer algún regalo particular. El jefe recibe orden de ir á pedir cuenta de ellas á sus subordinados. Vuelve á nosotros apaleado por haberse mezclado en lo que no le incumbía. La insubordinación es demasiado patente y demasiado atrevida para que se la pueda tolerar. Uno de los pastores, sujeto antes, comparece ante mi tribunal. Este perillan se disculpa con que no puede responder de un robo cometido por otros, añadiendo que no puede reconocer por jefe á un hombre que el jeque, por solo su capricho, ha señalado como tal. Le hago atar por la noche á un árbol vecino, dejándole presentir que recibirá mañana una vigorosa paliza. El astuto cobarde cambia ahora de lenguaje: «Está probado, dice, que nuestro jefe ha sido nombrado por vos; esto basta, le obedeceré en lo sucesivo.» Y apenas acaba de pronunciar estas palabras, se ven acudir al campo las tres cabras que faltaban,—sin que nadie, entendiéndose bien,—pueda decir de dónde vienen.

7 de octubre. *Thumba-Lhéré*.—El jefe de este pequeño burgo acepta, sin muchas reclamaciones, 3 metros de *merkani* y 2 de *kiniki*, hongo pequeño sin duda, pero en relación con la importancia de nuestro huésped. Los pagazi se sublevan. Dicen, «que no se moverán, si no se les da todos los días, en lugar de ración un *fundo*; es decir, diez collares de perlas, á contar desde la cuarta marcha, según les ha prometido de mi parte Ladha.» Pura invención para poner á prueba mi generosidad, porque ni el jeque, ni yo, ni nadie, hemos oído hablar de un contrato semejante. He cumplido en cambio todos los ritos de la partida, he gratificado al kirangozi con una cabra,

conforme el uso, para que el viaje sea feliz;—he colgado un duro de su cuello en señal de investidura,—y le he dado 4 metros de *merkani* para que pueda festejar á sus camaradas. Después de un cambio de palabras bastante duras, quedan las cosas en el mismo estado, según la moda africana.

8 de octubre. *Muhugué*.—Los pagazi han rehusado ponerse en camino á la hora señalada, para obligarnos á satisfacer sus condiciones. Hemos tomado la delantera seguidos de nuestros vuanguanos. Al ver esto los pagazi han gritado á una voz: «El amo ha partido, nosotros somos responsables de sus bienes. Despachémonos á seguirle, porque en verdad, es nuestro padre.» Y todos han apresurado el paso para alcanzarnos. Siguiendo la orilla de los bosques y de los cultivos que rodean á Muhugué, notamos el color rojizo del suelo y las muchas escavaciones practicadas por los buscadores de goma copal. Encuentro una caravana que lleva á la costa una cantidad de dientes de elefante, en cada uno de los cuales llevan colgadas campanillas. Su sonoro repique nos la había anunciado desde lejos. Entre los pagazi que la componen hallo algunos hombres que me han acompañado al Nyanza cuando mi primer viaje. Cumplimientos afectuosos de una parte y de otra. Un *sahari* y 4 metros de *merkani* han bastado al jefe de Muhugué, que no es un señor de gran importancia.

9 de octubre. *Muhonyéra*.—Es necesario detenerse aquí en medio de la espesura del bosque para satisfacer los deseos de la Real Sociedad de Geografía, que hallando en sus cartas una punta de mar indicada hacia esta parte, me ha rogado que averigüe lo que esto pudiera ser. Ningun vestigio anuncia que este terreno haya estado nunca sumergido; no hay guijarros, no hay más que una tierra húmida tirando á roja, donde los árboles, la maleza y el césped crecen en abundancia. Vemos por la primera vez, hacia el Poniente la cadena de montañas paralela á la costa oriental; se extiende al Norte al otro lado del río Pangani hasta el Usumbara y el Kilimandjaro y al Sur con una flexión que le hace volver hacia el Oeste, va á reunirse al otro lado del Lufigi con el Nyanza meridional. Mas allá de estos dos puntos, su dirección me es absolutamente desconocida.

Esta noche, á falta de «sultanes» que nos viniesen á hostigar, ocho de los hombres que nos había dado Said-Majid se han escapado del campo; y añadiendo el robo á la traición, se han llevado todas nuestras cabras en número de quince. Pérdida eminentemente sensible, porque si las pintadas, las palomas verdes, y las torcaes en último caso pueden bastarnos, los hotentotes tienen necesidad de una alimentación más sustanciosa; y como viven de nuestros restos, faltando las cabras tienen que ayunar. Los vuanguanos no toman por lo serio á estos pretendidos soldados y los